

Recordad la promesa de la venida del Señor

Los discípulos de Jesús no tenían ni idea de lo que podían esperar cuando se encontraron con Él en el monte del Olivar después de Su resurrección. Mientras los discípulos observaban asombrados, el Señor comenzó a ascender a los cielos. Lucas consignó que se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas. Esto fue lo que tales varones dijeron: «Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hechos 1.11). Desde el momento en que estos varones con vestiduras blancas, hicieron tal promesa, pocos temas han provocado mayor interés o polémica que el del momento y la forma de la segunda venida del Señor. Ello fue así, incluso, cuando el Nuevo Testamento todavía estaba siendo escrito, tal como las cartas de Pablo a los Tesalonicenses lo ilustran. En la iglesia que estaba en Tesalónica, la especulación acerca del tiempo de Su segunda venida, llevó a algunos a dejar de trabajar y a mantenerse ociosos mientras llegaba el momento de Su manifestación (1 Tesalonicenses 5.1–3; 2ª de Tesalonicenses 2.1–2; 3.6–12).

La especulación y la polémica acerca del tiempo y las consecuencias de Su segunda aparición, han continuado hasta el presente. Durante los últimos cien años se han enseñado diferentes versiones del premilenialismo en muchas iglesias. Con complejos calendarios en mano, los expertos hablan del arrebatamiento, la batalla del Armagedón, la reedificación del templo y temas parecidos. Libros de gran venta, películas y conferencias sobre los días postreros, constituyen un testimonio del vivo interés que existe, acerca de la segunda venida del Señor —un interés que se ha mantenido por cerca de dos mil años.

A los cristianos modernos les resulta difícil entender la anhelante expectación que la iglesia del primer siglo sentía por el advenimiento del Señor.

Desde la primera vez que oyeron el evangelio, los cristianos han entendido que el Señor estaría viniendo por segunda vez. Ellos esperaban que se manifestara en cualquier momento, y al pasar algunos años sin que Él viniera, comenzaron a dudar. Sus enemigos hallaron en esta esperanza un blanco para las mofas y la burla.

En 2ª de Pedro, el apóstol les enseñó a sus lectores acerca de la segunda venida de Cristo. Algunos dudaban de que Él volvería. Pedro terminó su segunda carta afirmando que el Señor aparecería repentinamente, cuando menos lo esperaban los burladores, con el fin de someter a juicio a los impíos.

LOS BURLADORES IGNORAN VOLUNTARIAMENTE (3.1–7)

Son dos veces en su segunda carta, que Pedro expresa su intención de despertar el recuerdo de sus lectores (1.12–13; 3.1). En un sentido general, ambas cartas habían sido escritas con el fin de despertar con exhortación el «limpio entendimiento» de cada cristiano (3.1), pero había un asunto en particular, del que habían hablado los profetas y los apóstoles, el cual quería que sus lectores recordaran (3.2). Como algunos habían planteado ciertas interrogantes y dudas, ellos necesitaban un recordatorio en el sentido de que el prometido advenimiento del Señor era uno de los fundamentos de la doctrina cristiana. Los discípulos de Cristo están llamados a vivir a la espera de que el Señor se manifestará pronto; deben esperar que esto suceda, no exigir que suceda. Si Él se demora mil años en volver a venir, ello no significa que se les haya desilusionado. Han vivido como si Su manifestación se hubiera producido hoy.

Entre la parábola con que termina Mateo 24, y la parábola con que comienza Mateo 25, observamos un sutil, pero importante cambio de

énfasis. El siervo malo de Mateo 24.45–51, esperaba que su amo se demorara en volver. Cuando él se encontraba en lo más y mejor de su jolgorio y vida de sociedad, su amo regresó y lo puso en el mismo lugar de los hipócritas, donde sería «el lloro y el crujir de dientes» (Mateo 24.51). La parábola de las diez vírgenes es exactamente lo contrario. Las cinco vírgenes insensatas habían esperado que el esposo viniera pronto, pero vino más tarde de lo que esperaban. Un cambio de énfasis parecido se da entre 1^{era} y 2^a de Pedro. En 1^{era} de Pedro, el tener en perspectiva la inminente segunda venida del Señor, constituía un consuelo para los cristianos que padecían; en 2^a de Pedro, la duda plagaba a la iglesia porque su esperanza de una pronta segunda venida no se había cumplido.

Es probable que los falsos maestros que Pedro describe en 2^a de Pedro 2, formaran parte del grupo de los que se burlaban preguntando: «¿Dónde está la promesa de su advenimiento?» (3.4). Pedro les recordó que el Dios que había hecho que por Su palabra el mundo llegara a existir era poderoso para someter a éste a juicio (3.5). Ya Él había hecho esto una vez. El diluvio había limpiado el mundo antiguo. La palabra de Dios le había advertido del juicio a la generación de Noé. Ellos se rehusaron a escuchar, y el juicio vino (3.6). Pedro dijo que el mismo Dios que juzgó al mundo antediluviano, había reservado el mundo actual para el fuego (3.7). Su palabra está guardando los cielos y la tierra para «el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos» (3.7).

EL SEÑOR ES PACIENTE (3.8–10)

A veces me desanima la influencia, o falta de influencia, que la iglesia del Señor está teniendo en el mundo. Son pocas las personas que parecen prestar atención al mensaje de Cristo. Para muchos hombres y mujeres, el compromiso con la fidelidad marital no tiene sentido. El juego de apuestas ayuda a mantener económicamente a gobiernos estatales. Hay millones que viven en las sombras del alcohol y las drogas. La pornografía y el aborto están predominando, a la vez que el crimen y la corrupción crecen año con año. El pecado extiende sus tentáculos a la iglesia. La pecaminosidad del mundo nos seduce a nosotros y a nuestros hijos. Da la impresión de que Satanás está ganando la batalla por las mentes y las almas de las personas.

Ante un panorama tan triste, el mensaje del capítulo tres es importante. La fortaleza y el poder de Satanás sobre este mundo son sólo ilusiones. El mundo le pertenece a Dios, y la victoria final es de Él. Los que anhelan y esperan Su advenimiento

reinarán con Él por la eternidad. El mundo y todo lo que se encuentra en él será juzgado y consumido por el fuego (2 Tesalonicenses 1.6–10). En comparación con ese evento, la presente escena mundial es como la escaramuza que precede a la batalla. ¿Y qué si Él demora Su advenimiento? Mucho antes de los tiempos de Pedro, Moisés había expresado: «Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigilias de la noche» (Salmos 90.4; cfr. 2^a de Pedro 3.8). Los hombres no pueden someter a Dios a un horario. Si Dios dijo que Cristo volverá y juzgará la tierra, podemos tener certeza de que lo hará. Si el día del juicio se demora, es porque Dios, en Su paciente bondad, le está dando tiempo al mundo para que se arrepienta (3.9).

Pedro recordó a los profetas del Antiguo Testamento cuando escribió: «... el día del Señor vendrá como ladrón en la noche» (3.10). Isaías había escrito: «Porque día de Jehová de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, sobre todo enaltecido, y será abatido» (Isaías 2.12), y también escribió: «Y se meterán en las cavernas de las peñas y en las aberturas de la tierra por la presencia temible de Jehová, y por el resplandor de su majestad» (Isaías 2.19). En Isaías 13, habla del día del Señor como un día de juicio contra Babilonia; en Isaías 34.8, habla contra Edom. En Jeremías 46.10, dice que Egipto enfrentará la ira de Dios el día del Señor. En Amós 5.18, y Sofonías 1.7, dice que Jehová será vengado contra Israel el día del Señor. Para los profetas, el día del Señor era cualquier día en que Dios se reivindicaba poderosamente llevando a cabo juicio. En 1^{era} de Tesalonicenses 5.2, y 2^a de Pedro 3.10, se refiere al día del juicio final de Dios, cuando todos los pueblos comparecerán ante el tribunal de Cristo (2^a de Corintios 5.10; Romanos 2.6–8).

Jesús y Pablo habían dicho también que el día del Señor vendrá como ladrón en la noche (Mateo 24.42–44; 1^{era} de Tesalonicenses 5.2). No es mucha la diferencia que hay entre la expectación del inmediato advenimiento del Señor (1^{era} de Pedro 4.7; Santiago 5.8) y la expectación de Su advenimiento como ladrón en la noche. En ambos casos, el pueblo del Señor debe estar preparado y deberá vivir a la expectativa. Cuando Él venga por segunda vez, Su poderoso juicio será final y absoluto. La tierra, los cielos, los mares, y todos los elementos de la naturaleza serán deshechos.

Las últimas palabras de 3.10, presentan ciertas dificultades. La NASB las traduce de la siguiente manera: «Sus obras serán quemadas», pero en la NVI se lee: «... la tierra, con todo lo que hay en ella,

quedará desolada». Las dos traducciones tienen su origen en dos palabras griegas diferentes. Ciertas copias antiguas de 2ª de Pedro tienen la palabra que significa: «quemadas», mientras que otras tienen una frase que significa «serán halladas». Es difícil determinar la palabra que realmente usó Pedro, pero si él usó la frase: «serán halladas», entonces la NVI lo ha entendido correctamente. La palabra griega se usa en el mismo sentido que lo usa 1ª de Corintios 3.13, en la cual dice que «la obra de cada uno se hará manifiesta», y que «por el fuego será revelada». La expresión «serán halladas» puede significar: ser descubiertas, reveladas o sacadas a la luz. Otras traducciones han puesto la última oración en forma de pregunta retórica: «Y la tierra y las obras que en ella hay —¿serán halladas?».

Algunos han intentado usar este pasaje para darle apoyo a la enseñanza en el sentido de que, en el día postrero, la tierra no será destruida, sino, sencillamente renovada. El contexto no sustenta tal interpretación. Pedro estaba diciendo que la tierra y el universo, tal como los conocemos, no serán más cuando el Señor venga por segunda vez. No hay otra manera de entender la declaración que dice: «... los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos».

¡CÓMO NO DEBÉIS VOSOTROS ANDAR EN SANTA Y PIADOSA MANERA DE VIVIR! (3.11–18)

No fue el propósito de Pedro infundirles terror a los cristianos en su corazón, al recordarles del fin de los tiempos. Solamente los incrédulos y los impíos tienen razón para temer. Para Pedro y sus lectores, el saber que el presente orden mundial llegará a su fin, solamente serviría para fortalecerles su determinación a vivir vidas santas y piadosas. «¡Cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios...!», expresó Pedro (3.11–12). Cuando Pablo escribió acerca del advenimiento de Cristo, él hizo una exhortación parecida en 1ª de Tesalonicenses 5.1–5. Al vivir vidas piadosas, los cristianos estarán preparados para el Señor, si Éste viene inesperadamente, y ellos se apresuran para el momento de Su venida (es decir, lo esperan alegrándose de antemano con expectación).

Hay quienes preguntan: «Si los cielos y la tierra serán destruidos, ¿dónde vivirá el pueblo de Dios?». No fue el propósito de Pedro dar una explicación detallada. La respuesta se encuentra en la omnisciencia y el poder de Dios. Baste con

saber que Dios proporcionará cielos nuevos y tierra nueva, de una clase totalmente diferente de los actuales. En esos cielos y esa tierra, morará la justicia. Las imágenes de Pedro son claras, y puede que sean tan pintorescas y dramáticas como las de Juan en Apocalipsis 21.1–3.

Las palabras con las que termina Pedro, repitieron su exhortación a una vida santa. Los cristianos necesitaban prepararse para la vida con Cristo, cuando todas las cosas sean renovadas y el Hijo del Hombre se sienta en Su glorioso trono (Mateo 19.28). Así como el Señor mismo fue «un cordero sin mancha y sin contaminación» (1ª de Pedro 1.19), Pedro apremió a los cristianos a ser también «sin mancha e irrepreensibles» (3.14). Estas palabras parecen un contraste intencionado con lo que eran los falsos maestros, a los cuales se les llama «inmundicias y manchas». Mientras esperaban ansiosamente el advenimiento del Señor, los fieles debían recordar que la demora les permitiría a otros oír el evangelio, ser salvos y formar parte de los elegidos.

Una singular prueba de la autoridad e inspiración de los demás escritos del Nuevo Testamento, aparece en 3.15. Pablo escribió la primera carta que nos llegó a nosotros, 1ª de Tesalonicenses, en el año 51 d.C., aproximadamente quince años antes de que se escribiera 2ª de Pedro. Además, si Pedro estaba en Roma cuando la escribió, lo cual suponemos, Pablo le habría escrito su carta a esta iglesia, aproximadamente ocho años antes. No sabemos cuándo, ni cómo, ni por quién, fueron reunidas las cartas de Pablo, sin embargo, ya para la fecha que se escribió 2ª de Pedro, Pedro y sus lectores podían haber estado familiarizados con las cartas de Pablo.

La aseveración que hace Pedro en el sentido de que los indoctos e inconstantes tuercen lo que Pablo había escrito, probablemente sea un indicio de que los falsos maestros, descritos en el capítulo dos, habían intentado usar declaraciones de las cartas de Pablo para darle sustento a la falsa enseñanza de ellos. Pedro dejó en claro que él y Pablo eran hermanos que unían esfuerzos para una causa común. Pablo, según la sabiduría que le había sido dada, también había escrito acerca del día del Señor y de la consecuente necesidad de vivir santa y justamente (3.15–16).

Es difícil decir cuáles fueron los pasajes, e incluso, cuáles las epístolas de Pablo a las que aludió Pedro en 3.15–16. Colosenses, Efesios, y Gálatas fueron dirigidas a iglesias de Asia Menor. Las iglesias de Asia podían fácilmente haber conocido las cartas enviadas a Filipos, Tesalónica y

Corinto. Además, Timoteo estuvo en Éfeso, la cual era parte de Asia, cuando Pablo le escribió a éste, y Tito estuvo en la cercana isla de Creta. Lo significativo es que Pedro y sus lectores conocían al menos algunas de las cartas de Pablo, y les reconocían que tenían tanta autoridad como «las otras Escrituras». Por supuesto que Pablo mismo afirmó que sus palabras tenían autoridad porque ellas eran dadas por el Espíritu (1^{era} de Corintios 2.13; Efesios 3.5).

Desafortunadamente, los cristianos de cada período de tiempo, deben estar en guardia para no ser «arrastrados por el error de los inicuos» (3.17). Las verdades, mandamientos y estilo de vida fundamentales que se les recomiendan a los cristianos, se encuentran en el Nuevo Testamento para cualquiera que tenga interés en leerlos; sin embargo, más de un cristiano ha sido apartado de la seguridad de su posición por los que se especializan en las cosas «difíciles de entender» (3.16) escritas por Pablo y otros autores neotestamentarios. Los cristianos necesitan desconfiar de los maestros que desechen claras y

comúnmente entendidas enseñanzas de las Escrituras, para darles cabida a sus propias y peculiares interpretaciones de pasajes difíciles y escasamente entendidos. Muchos cristianos se han estrellado en las rocas de las setenta semanas de Daniel, de las visiones nocturnas de Zacarías y del lenguaje figurado de Apocalipsis.

CONCLUSIÓN

El último capítulo de 2^a de Pedro contiene una de las más gráficas descripciones, que el Nuevo Testamento brinda, de la segunda venida del Señor. Pedro mantuvo viva la esperanza del segundo advenimiento de Cristo en un contexto que les ayudó a los cristianos a entender la demora, por más dilatada que ésta fuera. Él no insinuó que debían renunciar a la esperanza de un advenimiento inmediato. La única manera de esperar al advenimiento del Señor es esperar que suceda en breve. Esperarlo en breve no equivale a exigirle al Señor que se someta al calendario de los hombres. La fe del cristiano está en que el Señor vendrá por segunda vez. ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados